

EL TRINO DEL DIABLO

EL TRINO DEL DIABLO

Esta obra se estrenó el 12 de agosto de 1987 en Parque Infanta Elena de Barbate (Cádiz). Sus intérpretes fueron: Andrés Alcántara, Charo Sabio y Pedro Roca.

Dirección escénica: Eduardo Valiente

Personajes

FAUSTO. Joven, atractivo, en la cumbre de su fama. ¿Por qué deseará el pacto nefando?

ISABEL. Que no Margarita. Actriz tan bella como mediocre. Vértice impúdico y, sin embargo, acaso salvador.

ESPÍRITU. ¿Será realmente el legionario con graduación de los abismos infernales o, por el contrario, la mismidad a la hora de los balances nocturnos? En cualquier caso, temedle.

El telón gatea vertical y moroso por las maromas de la tramoya.

Una vaharada de turbia ruindad se libera gozosa del escenario y llega al patio de butacas, donde, sedimentándose, anida a los pies del espectador boquitieso que jura no volver.

Es hoy; es ahora; es aquí. Sin embargo el decorado deberá producir la sensación de que la obra se desarrolla en un romántico siglo XIX sobrelleno y convulso, o tal vez en un expresionismo peniumbrado, denso y ominoso. Puntea el amanecer. Seguramente es verano, cuando menos hace calor. Una habitación desordenada que techa un amplio ventanal, cruzado de listones, ofrecido torvo, como una córnea maléfica, a quien caiga en imprudencia de vivir en ese angustioso respiradero.

Muchos libros que, por el uso, no son de adorno. Se describirán más detalles avanzada la acción.

En la cama se agitan un hombre y una mujer. El es FAUSTO, mi FAUSTO, joven todavía para llamarse así. Sus brazos emergen de las sábanas en voluptuoso bostezo. Luego, torpe, asoma la cabeza y busca por el suelo un paquete de cigarrillos.

ISABEL se destapa entonces y le abraza. FAUSTO se vuelve.

FAUSTO.— ¿Qué condición es precisa para estar contento con la vida?

ISABEL.— ¿Qué condición? (Él asiente.) ¡No exigir mucho! (Él niega.) ¡Resignarse!

FAUSTO.— No.

ISABEL.— ¿La paciencia?

FAUSTO.— *(Cada vez más irritado.)* ¡No!

ISABEL.— ¿Fe en el futuro?

FAUSTO.— ¡No, no! Esas condiciones las desean y provocan los gobiernos, pero el hombre necesita otra cosa.

ISABEL.— Y bien, ¿qué es?

FAUSTO.— Si lo supiera no iría por ahí humillándome al reconocer que no sé las respuestas. *(Ella besa con pasión, inesperadamente; pero al retirar la cara tiene la mirada lejana.)* He tenido una pesadilla.

ISABEL.— ¿La de siempre? *(FAUSTO afirma con horror. Ella lo besa repetidamente.)* ¡No pienses en ella! ¡No pienses en ella!

FAUSTO.— *(La separa bruscamente y dice con alegría:)* ¡Eso es!

ISABEL.— ¿Qué?

FAUSTO.— ¡No pensar...!

ISABEL.— No sé a qué te...

FAUSTO.— *(Interrumpiéndola.)* ¿Qué condición es precisa para estar contento con la vida? No pensar. ¡No pensar!

ISABEL.— ¿No pensar?

FAUSTO.— Sí. Y comprendo que tú seas tan feliz.

(Él da una voltereta en la cama y se sienta a los pies de la misma con la sábana sobre la cabeza. ISABEL se le acerca y le besa sobre la tela.)

ISABEL.— Pues sí, soy feliz. *(Le besa.)* Feliz. *(Le besa.)* Feliz. *(Le saca la sábana. La cara de FAUSTO es inexpresiva.)*

FAUSTO.— ¿Por qué eres feliz?

ISABEL.— ¿Por qué...? Pues... ¡Eso se sabe!... Se siente.

FAUSTO.— ¿Por qué?

ISABEL.— ¡Porque te quiero! *(Va a abrazarle, pero él la esquiva.)*

FAUSTO.— ¿Por qué?

ISABEL.— *(Molesta.)* Porque eres cruel.

FAUSTO.— Sí, eso es cierto.

ISABEL.— *(Ella empieza a rodearle con sus brazos.)* Pero me gustas cruel.

FAUSTO.— Masoquista. Si al menos fueras un animal perfecto... Pero te falta inocencia.

ISABEL.— La he perdido por ti, por tu fuerza extraña.

FAUSTO.— Por la fuerza de mi sexo, no te engañes.
ISABEL.— Pese a todo soy feliz.
FAUSTO.— ¡Felicidad! ¿Qué tendrá eso que ver con la absurda realidad cotidiana? ¡Me aburres!
ISABEL.— ¿Y por qué no me dejas?
FAUSTO.— Quiero pagar mi indiferencia por la vida. Búscame un cigarrillo.
ISABEL.— No, bésame.

(Ajeno a la propuesta, FAUSTO coge un cigarrillo y lo enciende de manera peculiar.)

ISABEL.— *(Quitándole el cigarrillo.)* Te cambio un vicio por otro.

(FAUSTO parece reprimir acciones. Inesperadamente la besa en la boca y en el cuello. Han dado vueltas sobre la cama y ahora la tiene abrazada por la espalda.)

FAUSTO.— *(Apasionadamente.)* Dime; ahora que sientes mi cintura unida a tus caderas, ahora que mis manos acarician suavemente tus senos y mi aliento humedece tu cuello, ¿no notas una maravillosa sensación recorriendo tu cuerpo?

ISABEL.— *(Abandonada.)* Sí..., sí.

FAUSTO.— Y esa sensación ¿es tan maravillosa, más maravillosa o menos maravillosa que cuando sacias tu apetito o vacías tu vejiga de la orina?

ISABEL.— ¿Eh?.. ¡Oh, cerdo!

FAUSTO.— Cuando tengo hambre, como.

ISABEL.— No sé por qué estoy enamorada de ti.

FAUSTO.— Comer, dormir, amar; palabras de una sola definición: saciar el cuerpo.

ISABEL.— Tú llámalo como quieras. *(ISABEL pone en marcha un ventilador de herrumbrosas aspas y se airea el cabello.)* Estoy aquí por ti, sólo por ti. Esta buhardilla es una cochambre. Tienes el mejor piso de la ciudad, pero te gusta traer a las meritorias de tu compañía a esta..., a este... ¡Mira qué aspecto! ¡Me siento *arrehojada!*

FAUSTO.— ¿Arre...qué?

ISABEL.— Olvidada, tirada, *arrehojada.*

- FAUSTO.— (*Apagando el ventilador.*) Se dice aherrojada, ignorante.
- ISABEL.— ¡Qué más da! Tú me entiendes, ¿no?
- FAUSTO.— No te entiendo, te deduzco.
- ISABEL.— ¡Pues mejor! Ejercicio para la mollera.
- FAUSTO.— ¡No seas vulgar! Las palabras sirven para expresarse con claridad. Es lo que nos diferencia de los animales.
- ISABEL.— Tú empleas palabras cuando te falla todo lo demás. A ver si te crees que los sordomudos se mueren de hambre por no saber decir pan y cocido. (*Él intenta hablar.*) ¡Ya sé, ya sé! Tenía que haber dicho tostadas y vichyssoise.
- FAUSTO.— ¡Si se dice aherrojado, se dice aherrojado y no *arrehojado*! Tampoco se dice *alrromanas*, sino almorranas.
- ISABEL.— ¡No seas vulgar!
- FAUSTO.— (*Serio.*) ¡No te burles de mí! ¡No soporto la ironía en los demás!
- ISABEL.— Pero ¡si es que me enervas!
- FAUSTO.— ¿Quieres decir que te pongo nerviosa?
- ISABEL.— ¡Sí, sí!
- FAUSTO.— Pues «enervar» es todo lo contrario.
- ISABEL.— Es que también me pones todo lo contrario.
- FAUSTO.— Hay que hablar con corrección dentro y fuera de la escena.
- ISABEL.— Soy una meritoria a prueba, lo sé. En la compañía todos lo saben y procuran que no se me olvide.
- FAUSTO.— Porque hablas mal y te corrigen.
- ISABEL.— ¡Pues aprendo de ti!
- FAUSTO.— ¡Pues aprendes mal! Yo digo aherrojado y oblongo, y salvífico y parafarmático, y sé exactamente el lugar que corresponde a cada uno de esos morfemas!

(*Pausa.*)

- ISABEL.— ¿Y dónde crees tú que puedo yo colocar correctamente una palabra tan horrible como *formemas*?
- FAUSTO.— (*Mortifica su violencia y se emboza en la almohada, represado.*) Me enervas.
- ISABEL.— Te pierde la literatura. (*Ella le abraza sonriente.*) Pero te quiero y, aunque seas el actor más grande e insoportable de la historia, soy feliz a tu lado.

FAUSTO.— (*Cambia su tono.*) ¡Estúpida egoísta! ¿Cómo te atreves a proclamar tu felicidad ofendiendo a la desgracia del mundo? (*Salta de la cama y se pone un batín.*)

ISABEL.— ¿Qué importa lo que no puedo ver o lo que veo con demasiada frecuencia?

FAUSTO.— ¡Bravo! ¡El horror cotidiano: santo aburrimiento! Para el hambre, cortesana indiferencia; para el frío, un consejo; para la indignación, una frase amable. El egoísmo inspira tal horror que hemos inventado la cortesía para ocultarlo.

ISABEL.— Yo quería decir...

FAUSTO.— ... que estás sola, terriblemente sola en la comodidad de una placenta húmeda, ignorando el mal, sin saber que la alegría dispersa y sólo el dolor une.

ISABEL.— (*Cada vez más aturdida.*) Yo sólo...

(FAUSTO *aumenta la desmesura y, siguiendo la teatralidad de sus palabras, coge a ISABEL y la obliga a mirar al público.*)

FAUSTO.— ¡Mira! Derrama tus ojos cansados de gula y lujuria por ese mundo y dime si la felicidad no es un delito en nuestros días. (*Ella baja la cabeza. Ella obliga a mantenerla levantada.*) ¡No, arriba! La cabeza alta. Que la pueda ver con toda precisión la madre que ve morir a su hijo de hambre colgado de su pecho vacío, que tu cabeza sea lo último que vea el niño que nació en guerra y muere destrozado sin conocer la paz, que envidien tu piel y tus cabellos quienes poseen la lepra.

ISABEL.— (*Gimiendo.*) ¡Por favor...!

FAUSTO.— ¡A ellos! Pídeselo a ellos. A los que mueren sin saber por qué, a los que agonizan entre la indiferencia, a los que callan por temor, a los que nacen con gritos de odio. ¡A ellos! ¡A ellos!

ISABEL.— (*Casi abatida.*) Por favor...

(FAUSTO *la suelta bruscamente y ríe, Ella se incorpora e intenta mirarle, pero él la sujeta nuevamente.*)

FAUSTO.— ¡Estúpida! No entiendes nada. Eres la mayor embaulamitos de la historia. No hay que entristecerse por nada, ¿me entiendes? Hay que

dar alegría a este mundo sin humor. El pesimismo corroe las potencias creadoras.

ISABEL.— ¿Pero...?

FAUSTO.— Esos por quienes te preocupabas ¿qué pueden importar? No perfeccionarás tu cuerpo si divides tu atención. (*Forcejeo inútil de ISABEL.*) Si esos tuvieran pan gratis, ¡pobres de ellos! Su alimento es el motivo de sus días. El hambre les estimula las potencias características del ser humano: se hacen astutos y aprenden a mentir. Se conforman con poco, y cuando consiguen lo que para ti sería una miseria, bailan ebrios de una felicidad que ni tú cuando te poseo, ni yo cuando tengo pesadillas hemos experimentado jamás. Créeme, te estoy hablando de los hombres del futuro, de los que dominarán el universo por no necesitarlo. La miseria humana se proporciona a la edad de los hombres, va cambiando sus características conforme el cuerpo va pasando por edades, pero el hombre es mísero desde la cuna hasta la tumba... Sin embargo, ellos..., ellos son despreciables incluso antes de nacer. Llevan la podredumbre como tú la belleza y la estupidez. (*Ella intenta separarse, pero él la retiene fuertemente, casi ahogándola.*) Para ellos el concepto de bajeza no existe, porque ya están en lo más profundo y todo cuanto hagan, lejos de hundirlos, los eleva y dignifica. ¡Envídalos! ¡Envídalos como los envidio yo!

(La suelta y ella cae semidesvanecida. El día se insinúa, proyectando los listones del ventanal en el suelo y dando al ambiente matices carcelarios.)

ISABEL.— ¡Estás loco!

FAUSTO.— Desgraciadamente, no. Dicen que los locos son como los niños ¿Soy yo un niño? ¿Eh? (*La atosiga.*) ¿Ves en mí desaliento? ¡Contesta! ¿Te parezco inocente?

(ISABEL llora. Pausa. FAUSTO va al extremo de la habitación, enciende la luz de un lavabo a vistas y prepara los utensilios de afeitarse: brocha, jabón y navaja barbera. Mira el amanecer y, tras una vacilación, corre las cortinas.)

FAUSTO.— ¡Vístete! Coge tus cosas y no vuelvas más.

ISABEL.— ¿Qué?

FAUSTO.— La función de esta tarde será la última. Estás despedida.

ISABEL.— No estás hablando en serio.

FAUSTO.— Vete.

ISABEL.— Pero ¿por qué?

FAUSTO.— Me aburres.

ISABEL.— No puedes dejarme.

FAUSTO.— Puedo. Vete.

ISABEL.— ¡Eres un canalla!

FAUSTO.— Sí, un canalla, un depravado, una bestia, un ególatra... (*Piensa.*)

¡Ah! y un des-almado (*Ríe fuertemente por el último autoinsulto. Ella le mira y, tras una duda, ríe también.*) ¿De qué te ríes, estúpida! ¡Vete!

(Asombro, horror y duda. ISABEL comprende y le abraza brutalmente sin dejar de llorar. La brocha, el jabón y la navaja caen al suelo.)

ISABEL.— No me dejes. No puedo volver a casa. No quiero volver a casa. No me dejes, por favor, por favor...

FAUSTO.— ¡Qué agobio! ¡Vete!

(La empuja, pero ella vuelve a abrazarse.)

ISABEL.— Lo he dejado todo para vivir contigo, he soportado el desprecio, la murmuración... ¡No puedes echarme ahora!

FAUSTO.— Es ahora cuando debo dejarte: cuando me necesitas. Debo encontrar motivos para saber que estoy vivo. ¡Vete de una vez! Ya no soporto más tus aburridos tópicos envueltos en grandes cantidades de sexo. ¡Vete!

ISABEL.— Pero ¿qué es lo que he hecho?

FAUSTO.— Nada. ¡Y fíjate qué pecado es ése!

ISABEL.— ¡Te odio!

FAUSTO.— Vamos, vamos, no te alabes. El odio es sentimiento de superhombres.

ISABEL.— Te estás burlando de mí.

FAUSTO.– (*Cínico.*) No eras virgen cuando llegaste aquí.

(El forcejeo es extenuante. ISABEL ya no llora. Quizá por eso FAUSTO la tira al suelo. Allí está la navaja aconsejando venganzas. ISABEL no duda, porque no piensa. Grita e intenta herir a FAUSTO, pero él detiene el brazo.)

FAUSTO.– ¡Loca! (*Le quita el arma doméstica y coge a ISABEL cruelmente por el cabello. No la levanta. De rodillas la coloca con el cuello ofrecido. Más teatral que nunca.*) Si desapareciera la mediocridad de este mundo, aún habría alguna posibilidad de salvarlo. ¡He aquí mi contribución al futuro! (*De un solo tajo la degüella, pero no la deja caer, consciente de la plástica, y continúa hablando mientras ella agoniza, aunque sin sangrar.*) Sólo el hombre, por su razón, puede ser arbitrario. Los animales reaccionan consecuentemente y siempre de igual modo en cada caso ante diferentes estímulos. Demasiado aburrido. Yo, sin embargo, busco continuamente la arbitrariedad hasta lo más profundo y sagrado para afirmar mi absoluta libertad. (*El cuerpo de ISABEL da un estertor y muere. Él la deja caer al suelo, donde queda doblada sobre sí misma.*) ¡Qué actitud tan innoble! (*Con el pie estira el cadáver y sigue recitando.*) «Ay, ya está marchito y gris todo lo que ha poco verdecía y coloreaba en esta pradera. Cuánta miel de esperanzas llevé de aquí a mi colmena.» (*Da un manotazo al aire.*) ¡Moscas! (*Se agacha y empieza a buscar la brocha y el jabón por el suelo. Los encuentra y, antes de levantarse, mira el cadáver como si fuera una obra de arte: aparta un cabello, arregla un pliegue, toma perspectivas. Se levanta y limpia la navaja [de qué] con gesto indiferente.*)

«Qué bien un sabio ha llamado
la hermosura cosa incierta
flor de campo, bien prestado
tumba de huesos cubierta
con un paño de brocado».

(En tono normal.) «El esclavo del demonio», acto tercero, escena segunda. Te has muerto y sin saber por qué. ¡Pobre cereal! (*Empieza a*

enjabonarse. Hay algo patético en su acto tan cotidiano si se juzga por su entorno terrible.) «Yo estaba dispuesto a empezar la mejor de mis danzas, cuando con tu canto diste muerte a mi éxtasis. La más sublime esperanza se ha quedado muda y sin ser revelada. Tú, en cambio, conoces las dos verdades: la mentira de la eternidad, y que la plenitud del goce está en función de la ausencia de necesidades. Ahora ya estás madura para afrontar los riesgos de la vida. Adelante. Vive.» (Da media vuelta y se dirige al espejo. Ha sido un mutis antiguo en el gesto, pues deja colgada la última sílaba a la espera de efecto. Alguien recoge la prenda y aplaude cortés. De entre las sombras, donde está situado un sillón giratorio, surge El ESPÍRITU usando poco artificio.)

ESPÍRITU.— No es tu mejor interpretación, pero yo soy poco exigente. (FAUSTO *no parece sorprenderse.*)

FAUSTO.— No es tu aparición más espectacular, pero no esperaba mucho de ti.

(El ESPÍRITU se acerca a ISABEL.)

ESPÍRITU.— ¡Ah, Margarita!

FAUSTO.— Se llama Isabel.

ESPÍRITU.— No es un cereal, créeme, no lo es. Yo entiendo que no es fácil convivir con un muerto: la desesperación del torpe suicida arrepentido in extremis, la apatía de los muertos baratos que nos llenan de tedio, la arrogancia del mártir que dio su vida por la patria y luego protesta a Urbanismo porque la calle que le dedicaron sólo tiene dos esquinas, una de ellas descampada..., pero éste (*Por ISABEL.*) va a resultar insufrible, ya que, debiendo estar vivo, ha muerto. No estaba previsto.

FAUSTO.— Ése es mi triunfo.

ESPÍRITU.— Pero ella tendrá razón en su protesta.

FAUSTO.— (*Indiferente.*) Resucítala.

ESPÍRITU.— ¿Y qué harás con ella?

FAUSTO.— Volver a matarla.

ESPÍRITU.— ¡Qué encono!

FAUSTO.— Prescindió de su cerebro.

ESPÍRITU.— Pues como exijas licenciatura a todo el que te hable, no darás abasto apurando cuellos.

FAUSTO.— Su ignorancia ni siquiera era elemental. Sabía poco, lo imprescindible para ser mediocre. (*Termina de afeitarse.*)

ESPÍRITU.— ¡Pero tenía una historia!

FAUSTO.— Fabricada por mí en sus mejores capítulos. Tú, en cambio...

ESPÍRITU.— Yo, ¿qué?

FAUSTO.— (*Cogiendo un violín.*) Toca. Quiero saber si es verdad.

ESPÍRITU.— Si es verdad, ¿el qué?

FAUSTO.— Guiseppe Tartani compuso el trino llamado del Diablo porque tú se lo inspiraste en sueños. Esa sonata es un reto que pocos pueden ejecutar. Si tú eres el maestro, tu interpretación será la mejor.

ESPÍRITU.— ¡Sería otro quien le inspiró pesadillas!

FAUSTO.— (*Con desencanto, algo confuso y desmejorando el carácter.*) ¿No eras tú?

ESPÍRITU.— Somos legión. Siento decepcionarte.

FAUSTO.— No me molesta la decepción, sino el engaño.

ESPÍRITU.— Volveré cuando sea un virtuoso del arpegio. (*Molesto también, el visitante se ensombra de nuevo en el asiento del rincón.*)

FAUSTO.— ¡Espera! (*Va a la silla giratoria y al volverla ya no hay nadie en ella; sin embargo, el actor sigue hablando al vacío de otros huecos.*)
¿Quién eres? (*Pausa.*) ¿Belfegor el de la pereza? ¿Cuál es tu especialidad? (*Pausa.*) Si es la lujuria, eres Asmodeo. (*Pausa.*) ¿Contesta! ¿Quién eres? ¿Leviatán? ¿Astaroth? ¿Belial? ¿Lucifer? ¿Baalberith?

ESPÍRITU.— (*Apareciendo otra vez en el sillón.*) Pareces una guía telefónica en esperanto. (*Se miran en silencio. FAUSTO espera respuestas.*) «Soy el espíritu que todo lo niega.»

FAUSTO.— Eso es del *Fausto* que represento cada noche.

ESPÍRITU.— Perdona, era un homenaje a Goethe.

FAUSTO.— Era una pedantería.

ESPÍRITU.— Entonces era un homenaje a ti, que lo interpretas.

FAUSTO.— (*Sonriendo con cierta complacencia.*) Certificas tu fama de astuto.

ESPÍRITU.— Hay un cierto empacho por acumularme biografía.

FAUSTO.— Será verdad algo de cuanto se dice.

ESPÍRITU.— Poco.

FAUSTO.— ¿Cuánto?

ESPÍRITU.— Apenas.

FAUSTO.— No me obligues a insistir.

ESPÍRITU.— (*Abdicando renuente.*) Es cierto que soy teólogo: la función crea el oficio.

FAUSTO.— Eso ya lo sabía. ¿Qué más?

ESPÍRITU.— Detesto el día.

FAUSTO.— Es lógico: te llaman el Ángel de las Tinieblas, el Tentador de Walpurgis, el lucífugo, el Príncipe de los nocturnos ritos sabáticos...

ESPÍRITU.— (*Con un suspiro de hartazgo.*) ¡Cuánta literatura compendiada! Detesto el día porque me salen granos con el sol. Alergia estival. Un escozor que me apea la dignidad con tanta rascadura.

FAUSTO.— Te burlas. No hay diablos tan domésticos.

ESPÍRITU.— Donde hay mucho, tiene que haber de todo. Y de donde vengo, el reclutamiento no cesa.

FAUSTO.— Pero ¿es o no cierto que en el reino infernal azoga un maestro de orgías sabáticas llamado Maese Leonardo, que posee tres cuernos, orejas de zorro, barba de chivo y dos caras, la sobrante en la rabada?

ESPÍRITU.— (*Riendo.*) ¡Claro! y no sólo Leonardo posee peculiaridades tan terribles y abominables. Astaroth, gran duque de los infiernos, por ejemplo, desprende un hedor que provoca vómitos al mismísimo Cuernosalomónico, encargado del quinto círculo, el de la defecación. ¿Y qué decir de Malfás, gran preboste de lascivia, con siete orificios para ser penetrado y tres arietes para perforar. Puedo citarte también al príncipe de la muerte, Eurinomo, cuyo cuerpo está cubierto de llagas lamidas por su hipogrifo Regironte; o Andrés, que a fuerza de cabalgar un lobo negro ya es centauro licantrópico; y en fin, aunque no son todos, basta como broche la diablesa Ganga Gramma, con cuatro brazos y los párpados vueltos del revés. (*Ríe.*) Me decepcionas. Eres un tragaembustes de abades milagreros. Los demonios somos espíritus puros y carecemos de forma sensible. Son los mortales, llenas sus mentes de retorcimientos, quienes dotan a los príncipes del Hades de características físicas monstruosas. Es imposible que un ser creado pueda albergar un catálogo tan extenso de teratologías: corcoveta, bífido, velloso, cornudo, fétido... ¡Pues vaya una alhaja para que Dios presuma de su creación! Medita: si los diablos dominamos el poder de la transformación, ¿cómo puedes suponer que nuestras apariciones pretendan la huida de quienes deseamos convencer?

FAUSTO.— Pues no diría yo, a juzgar por tu físico, que hayas podido elegir.

ESPÍRITU.— ¡Qué réplica tan banal! ¿Puede esperarse eso del mayor genio escénico de nuestro tiempo?

FAUSTO.— Yo no escribo letras; las pongo en pie. Mis ojos son cinceles, no linotipias.

ESPÍRITU.— (*Cogiendo un libro de la biblioteca y arrojándoselo.*) Pero tú tienes editado un método de interpretación...

FAUSTO.— Lo copié de Sara Bernhardt. En mi país estamos a la altura de los consejos del siglo XIX. (*Se lo devuelve.*)

ESPÍRITU.— ... que no vale para ti. Los consejos que tú necesitas no te los puede dar un miserable terrenal. Eres grande..., pero sólo porque estás hinchado. Si Dios te hubiera creado ángel, tus alas arderían como las de Ícaro. No confundas orgullo con fatuidad. Si tu mundo te tolera es porque has triunfado. Pero la fortuna no cambia el linaje. Aquellos a quienes desprecias —y son tantos!— esperan tu caída para reprocharte la arrogancia. Y un arte tan precario como el tuyo no siempre puede mantenerte en el Olimpo: un cambio de gusto y vas para profesor de conservatorio; un cambio de gobierno y te hundirán con el anterior gracias al cual obtuviste los triunfos.

FAUSTO.— Empleando los tópicos argumentos de mis enemigos no vas a conseguir mi alma.

ESPÍRITU.— (*Con burla y desprecio.*) ¡Tu alma! Pero ¿qué es tu alma sino un lago impuro de cieno que aglutina basura, imperfección y una despreciable voluptuosidad por la autocomplacencia?

FAUSTO.— No será tan inmundicia mi alma cuando por ella te interesas.

ESPÍRITU.— Para un buen comerciante no hay producto pequeño.

FAUSTO.— ¿Pequeño?

ESPÍRITU.— (*Con cierto sadismo retórico.*) Pequeño, de baja rentabilidad, ruinoso por pelón, corto de medios.

FAUSTO.— (*Sigue el juego aunque algo ofendido.*) Mi alma rebosa inteligencia y ése es un don admirable. Por eso quieres hundirme en los infiernos.

ESPÍRITU.— ¡Inteligencia! Llena tu alma de conocimientos y ellos te privarán del placer de la duda, del ansia de vivir para descifrar un misterio, de la humildad para comprender y soportar a los demás.

FAUSTO.— (*Pasea pensativo.*) ¡El alma posee la virtud!

ESPÍRITU.— Sé virtuoso y tendrás tu cuerpo contra ti; sé virtuoso en este mundo pecador y te ganarás la envidia, el desprecio y el temor de todos; sé virtuoso (*Tras una breve pausa.*)...; de cualquier modo, ése no es tu caso.

FAUSTO.— ¡Existe el concepto de justicia!

ESPÍRITU.— Palabras de significado absoluto para ser aplicadas en un mundo relativo. Sé justo y te acusarán de incomprensivo e inhumano (*Con sorna.*), aunque también pueden acusarte de eso por ser un despreciable egocéntrico, claro.

FAUSTO.— ¡Crear es rebeldía! Yo soy un creador, luego soy como Dios.

ESPÍRITU.— Luego eres como yo, un rebelde.

FAUSTO.— Luego caeré en desgracia divina.

ESPÍRITU.— Luego irás al infierno.

FAUSTO.— (*Frenando.*) Luego prefiero arrepentirme si allí te he de encontrar a todas horas.

ESPÍRITU.— No, no, no abandones. Deja las bromas. Ibas muy bien: por el camino de la herejía. Sigue.

FAUSTO.— (*Retornando la pugna.*) El artista creador, como rebelde, siempre ha sido un marginado, un ser temido y admirado, pero jamás aceptado.

ESPÍRITU.— Loco, dicen.

FAUSTO.— Extravagante, dicen.

ESPÍRITU.— Perverso, dicen.

FAUSTO.— Y de enterrarlo en sagrado, nada.

ESPÍRITU.— ¡Que se pudra con Voltaire!

FAUSTO.— El artista, cuando lo es de veras, atenta contra el orden. Sólo la imitación de la realidad, el nefando naturalismo, no amenaza a la divinidad, puesto que se limita a reproducirla, dando fe de su existencia.

ESPÍRITU.— En cambio tú creas nuevas divinidades que ponen en peligro el supremo orden del monoteísmo. ¡Qué noche, amigo, qué noche! ¡Cuánta luz derramas sobre ella!

FAUSTO.— (*Comprendiendo la ironía.*) ¿Te burlas?

ESPÍRITU.— No, pero todo eso ya lo había escrito Papini..., y era católico. (*Ríe.*)

FAUSTO.— (*Contenido.*) Me halagaría ser devorado por los leones, pero es humillante que me cocee un asno.

ESPÍRITU.— Ahora parafraseas a Valle Inclán.

FAUSTO.— ¡Baboso patihendido infernal!

ESPÍRITU.— Eclesiastés. Libro tercero.

FAUSTO.— ¡Maldito seas!

ESPÍRITU.— Eso tampoco es tuyo: lo dijo Dios al expulsarme del paraíso.

(FAUSTO *se abalanza contra el tentador, pero éste maniobra en el aire y el actor se paraliza. El DIABLO, con toda impunidad, sigue su mofa en círculo.*) Pero ¿es que no eres capaz de legar a los diccionarios de citas algo original para que otros sin imaginación te copien en el futuro? (FAUSTO *hace esfuerzos para desasirse del grueso avío de exorcismos.*) Hablas por boca ajena. No existes.

FAUSTO.— (Con gran dificultad, logra, apretados los dientes, farfullar algo.)

ESPÍRITU.— Alto, claro y que se entienda. Eres actor sublime, ¿no?

FAUSTO.— (Ahora se entiende algo más.) ¡Mierda!

ESPÍRITU.— No es original, pero como frase te retrata bien. (Nuevo arabesco aéreo y FAUSTO queda libre. Otro intento de agresión, pero el ESPÍRITU, pertrechado en las magias, rinde sin esfuerzos al adversario.) ¿Sigues creyendo que estoy aquí para obtener tu alma? Ya no hay almas que merezcan porfía. (FAUSTO queda libre.)

FAUSTO.— Pues si todo es despreciable en el alma, ¿cómo algunos logran salvarla?

ESPÍRITU.— (Tras una pausa, serio.) Saber eso cuesta morir.

FAUSTO.— (Recogiendo la idea.) ¡Llévame con los muertos para poder hablar con ellos. Quiero conocer la cualidad del alma que la hace digna de apetencias demoníacas!

ESPÍRITU.— ¡Necio! ¿Voy a darte yo la oportunidad de salvar tu alma? No eres ni la mitad de lo inteligente que te crees. Sobre tu alma tengo ya tres hipotecas: una guerra, un negocio y la muerte de Margarita.

FAUSTO.— ¡Se llama Isabel! (Piensa.) ¡Que conteste a mis preguntas!

ESPÍRITU.— La resucitaré.

FAUSTO.— No, no, tal como está.

ESPÍRITU.— Sagaz y morboso. El mundo de los muertos a domicilio. Está bien. Ya puedes preguntarle.

FAUSTO.— ¿Ya está hecho el prodigio?

ESPÍRITU.— Sí.

FAUSTO.— ¿Sin ceremonias? ¿Sin conjuros? ¿Dónde están los sacrificios? ¿Y las palabras cabalísticas? ¡Qué falta de imaginación!

ESPÍRITU.— ¿Es que piensas que soy el mismísimo Satanás?

FAUSTO.— ¡Ah!, ¿no?

ESPÍRITU.— ¡Como si el Jefe no tuviera menesteres más elevados!

FAUSTO.— O sea, que ofrezco mi alma, el alma que inspira mi arte, el arte más grande del siglo, y envían a firmar el pacto a un meritorio sin experiencia incapaz de un fuego espectacular. ¡Eso es un desprecio a la jerarquía!

ESPÍRITU.— Nosotros tenemos el poder, y el poder se basta a sí mismo. Sois vosotros los que habéis querido revestirlo de zarabandas y triquitraque de oropel y filigrana, con sacrilegios y apostasías, saltando el fuego y cabalgando escobas y todo en cueros, en esas vulgares ceremonias siempre celebradas en sábado, como si en lunes o jueves el cuerpo rijoso tuviera bula en lujuria. Un hombre, si es comedido, debe tener bastante con lo suficiente.

FAUSTO.— ¡La moderación no es una virtud, sino la excusa de los mediocres!

ESPÍRITU.— Todo en la naturaleza está medido.

FAUSTO.— ¡Mientes con toda la boca! La naturaleza es un desaforado hartazgo de sobreabundantes excesos inmoderados sin tino: volcanes eruptivos, ríos desbordados, tormentas, tifones, terremotos...

ESPÍRITU.— ¡Claro, y tú debes creerte el exceso glorificador...!

FAUSTO.— Exactamente.

ESPÍRITU.— ... la prodigalidad salvífica.

FAUSTO.— (*Dudando.*) Así es.

ESPÍRITU.— ... el cósmico pentecostés nutricional.

FAUSTO.— (*Tras un segundo de perplejidad.*) ¡Pues sí, mira, todo eso me creo (*ligera pausa*)..., y me lo creo porque suena bien. (*Retornando su megalomanía.*) Yo me realizo en el caos. La inmoderación me eleva de la contenida norma. La cautela en la vida no da más que una estéril seguridad, y la pasión creadora de mi genio no puede ser represada en la angostura del acatamiento. El gran pecado del hombre es la abdicación. Yo, sin embargo, seré como el Nilo, que sólo es alabado cuando se desborda y fertiliza; más aún, seré como el Vesubio, que ha creado la bendición turística de Pompeya. Quiero ser como la muerte, caprichosa y libertaria, que no cita por antigüedad, ni por orden alfabético. Imprevisible, quiero ser imprevisible...

ESPÍRITU.— ¡Dos adjetivos más!

FAUSTO.— Imprevisible, desordenado y... ta ta tá.

ESPÍRITU.— ¿Ves? Una terna siempre hace los finales más rotundos.

FAUSTO.— Quiero un conjuro con aparato lumínico y sonoro. Detesto el teatro pobre. Quiero rayos y truenos, viento huracanado, nieve y pedriscos. (*El ESPÍRITU se mesa los cabellos, no se sabe si con burla o desesperación contenidas.*) Quiero que se abran las piedras, que la tierra vomite lava. Que todos los decorados se pongan en movimiento. ¡Gratificación a la tramoya! Que del foso salgan llamas, que del telar cuelguen oscilantes incubos cabalgando escobas; que entren y salgan carras con luminarias y tronos. Denso humo de los laterales, y al fondo, contraluces que deformen las figuras. Lo quiero todo muy espectacular y muy clásico.

ESPÍRITU.— ¡Pues me dio mucha risa verte interpretar así la escena tercera del primer acto del *Fausto* de Marlowe.

FAUSTO.— ¡Por ella obtuve el premio nacional!

ESPÍRITU.— ¡Jaa!

FAUSTO.— ¡Jaa!, ¿qué?

ESPÍRITU.— ¡Un premio a esa sarta de majaderías inverosímiles...!

FAUSTO.— ¡Mi arte las hace verdaderas!

ESPÍRITU.— ¡Pues no lo son!

FAUSTO.— ¿Y tú qué sabes si en el Infierno las cosas son así?

(*Pausa en la que el ESPÍRITU derrama paciencia.*)

ESPÍRITU.— Yo soy el ángel sexto de la segunda centuria de Plutón. Me he distinguido por la eficacia y limpieza de mis trabajos. Todos aquellos que aceptaron mis tratos están sumamente satisfechos... (*Cada vez más iracundo y salido de razón.*) ¡Yo soy un profesional y nunca he tenido que mentir, nunca he tenido que coaccionar y jamás, por supuesto, he tenido que obedecer chocarreras invocaciones, conjuros irrespetuosos, ni acciones vejatorias propias de hastiados histéricos histriónicos!

FAUSTO.— ¿¡Sí, eh?!

ESPÍRITU.— ¡Sí!

FAUSTO.— Pues ahora este histriónico histérico hastiado quiere que aparezcas según los cánones tradicionales de los conjuros demonológicos,

porque en caso contrario se demostraría que todas mis interpretaciones no eran sino pura farsa.

ESPÍRITU.— ¡Eran pura farsa!

FAUSTO.— Si apareces cuando yo te invoque se creará un precedente y ni Marlowe, ni Goethe habrán escrito estupideces.

ESPÍRITU.— ¡Pues lo eran!

FAUSTO.— ¡No pueden serlo!

ESPÍRITU.— ¿Por qué?

FAUSTO.— ¡Porque yo no interpreto estupideces!

ESPÍRITU.— Será a partir de ahora. Tus bodas de plata con Marlowe, aquellas cien representaciones de su Fausto, fueron un fiasco.

FAUSTO.— ¡Precisamente!

ESPÍRITU.— (*Sorprendido.*) Precisamente, ¿qué?

FAUSTO.— Ahora sé que lo eran, pero no porque el conjuro no estuviera bien: yo lo hacía verosímil. (*Pausa.*) Lo único que destrozaba su autenticidad era..., era que...

ESPÍRITU.— Acaba.

FAUSTO.— ... que cuando salía a escena el diablo, todo se venía abajo porque el actor que lo interpretaba era mediocre, sin convicción, carente de magnetismo para pasar la batería.

ESPÍRITU.— Habed puesto a otro mejor, que los hay.

FAUSTO.— No podía.

ESPÍRITU.— ¿Por qué?

FAUSTO.— (*Costándole admitir verdades.*) El público paga para ver un cien por cien de mi persona. No puedo dividir su atención.

ESPÍRITU.— Mira, ¿ves? Te ha costado, pero ahora sí creo que eres sincero.

FAUSTO.— (*Desazonado, pregunta exigiendo.*) ¡Bueno, qué!, ¿sí o no?

ESPÍRITU.— Sí o no, ¿qué?

FAUSTO.— ¿Me das la réplica?

ESPÍRITU.— ¿Pero ¿qué dices?

FAUSTO.— ¡Que salgas y hagas el papel de Mefisto cuando yo te invoque. (*Cortándole.*) ¡Y no protestes! Cosas más extravagantes habrás tenido que hacer. Al menos reconoce que te ofrezco una inolvidable oportunidad de pasar a la historia del drama.

ESPÍRITU.— (*Paciente y divertido.*) ¿No tienes miedo de ser únicamente un cincuenta por ciento?

FAUSTO.— No hay público.

ESPÍRITU.— Puedo crearlo.

(Un arabesco digital del presunto patihendido y resucitada ISABEL.)

FAUSTO.— No me importa.

ESPÍRITU.— ¿En qué quedamos?

FAUSTO.— ¿Tú has actuado alguna vez?

ESPÍRITU.— No.

FAUSTO.— ¿Has tomado lecciones de declamación?

ESPÍRITU.— No.

FAUSTO.— ¿Recitas el verso? ¿Sabes maquillaje? ¿Practicas la esgrima?

ESPÍRITU.— No, ciertamente, no.

FAUSTO.— Pues por eso, «pobre diablo». Como eres un *amateur* no te tengo miedo.

(El insulto encrespa la parte más sensible del DIABLO, que apresta a milagros levantándose las mangas.)

ESPÍRITU.— ¡Conjura!

(FAUSTO queda inmóvil por la sorpresa que le produce el arrebató.)

ESPÍRITU.— ¡Vamos, conjura! ¿No querías la réplica? La vas a tener y muy cumplida, porque yo no soy un caduco actor de gestos estereotipados; lo mío es la improvisación regenadora, la espontaneidad, ser sincero, comunicar la verdad. ¡Vamos, conjura, que ya me tienes hartó con tanta rueda de pavo real! Dibuja en el suelo el anagrama cabalístico para que Lucifer lo avive con fuego. *(Efectivamente, el suelo se hace cauce infernal. Las llamas rodean a los tres personajes.)* ¡Pronuncia la invocación infame: *Dies mies jesque benedo efec duvema enitemaus!* *(Su voz se potencia en ecos.)* ¡Vamos, conjura! Que la ofrenda carnal sea ungida en las partes salientes de su cuerpo... *(Toma a ISABEL y trenza con ella un paso a dos amasijado y obsceno en el centro del círculo*

llameante. La mujer parece ajena a los prodigios. FAUSTO salta fuera del círculo)..., en las siete aberturas de la cabeza, en los hombros, en los pechos y sus centros si hacen proa, en el ombligo si es convexo, en los pares traseros, en su colina espesa, en las rodillas, en los omoplatos y los codos. Atento a la cuenta de que son siete las vértebras cervicales; y los empeines; la nuez si la tuviere.

(Arroja a la actriz desvencijada fuera del círculo en brazos de FAUSTO, que apenas puede reaccionar.)

ESPÍRITU.— ¿No querías tramoya? ¡Vamos, conjura! ¡Busca tu inspiración!
¡Conjura!

FAUSTO.— ¡No puedo!

ESPÍRITU.— ¿Por qué?

FAUSTO.— Soy un actor, no un saltimbanqui, ni un tragafuegos, ni un contorsionista.

ESPÍRITU.— Pues éste es el auténtico circo en el que se hacen los conjuros. Tú lo has pedido, no yo.

(Siguen dominando la escena los sonidos imposibles, aunque decrece el fuego.)

FAUSTO.— Todo cuanto dijera me sonaría falso.

ESPÍRITU.— A mí también. *(Lo ha dicho con sorna, triunfante.)*

FAUSTO.— En esas condiciones...

ESPÍRITU.— *(Obligándole a levantar la voz.)* ¿Qué dices?

FAUSTO.— *(Gritando.)* ¡Que en esas condiciones...

ESPÍRITU.— ¡Más alto!

FAUSTO.— ¡Que en esas condiciones... *(el ESPÍRITU, con breve gesto, silencia los ruidos, y el final de la frase de FAUSTO queda descarnada y patética)... mi arte es falso! (Todavía el enemigo desea punzar la herida orquestando ecos.)*

ECOS.— «¡Mi arte es falso!!»

«Es falso»

Falso

Falso

FAUSTO.— ¡¡Basta!! ¡¡Basta!! No soporto mi voz.

ESPÍRITU.— Alguno de tus espectadores tampoco.

FAUSTO.— ¡Maldito ilusionista! ¡Basta he dicho! (*Cae de rodillas formando imagería piadosa con ISABEL.*) ¡Por favor! (*El humilde ruego complace al ESPÍRITU. Cesan los ecos.*)

ESPÍRITU.— ¿Lo ves? Todo tu arte es una farsa. Y le has dedicado a esa mentira toda tu existencia. Tu vida es la comedia de otro. No existes. Hablas como Segismundo, como Shylock, como un Orestes vengativo... No, rectifico; tú no hablas, enhebras endecasílabos. Por eso me necesitas: para volver a vivir, para tener otra oportunidad. No hay mayor vejez que la del alma. (*Un gesto de prestidigitación y en la mano del ESPÍRITU aparece una pluma.*) Firma (FAUSTO parece aceptar. El ESPÍRITU lo da por hecho y continúa halagándose. Parece como si la pretenciosidad hubiera cambiado de cuerpo.)

ESPÍRITU.— Los hombres necesitaron a Dios cuando mi poder les atemorizó. En cierto modo, sin mí Dios seguiría su banal existencia, pero se vio obligado a crearme para que los hombres recurrieran a Él. Lo que jamás pudo suponer es que en la lucha las victorias estuvieran a la par.

FAUSTO.— Eres un cliché de ti mismo: la típica vanidad, el orgullo indomeñable del Ángel Caído.

ESPÍRITU.— ¿Ángel, qué?

FAUSTO.— Caído, derrotado, humillado, ¿voy a recordarte a San Miguel, las trompetas doradas de Miriel y Tamael, Guido Reni y las peanas?

ESPÍRITU.— ¡Ah! ¿Pero tú también te has creído eso?

FAUSTO.— ¡La Biblia!

FAUSTO.— ¡La Biblia! *Un best seller* amañado, so crédulo. Yo no soy un rebelde. Yo no quise ser más que mi creador; no tengo su poder. Soy modesto en mis aspiraciones, incluso ascético: adoro a Ignacio de Loyola. ¿Qué posibilidades tenía yo de ganar a Dios en caso de presentar batalla? Ni pensé en ello. ¿Iba yo a querer para mí lo que Dios detestaba para sí mismo? Fue él, el viejo chocho, que se aburría porque con tanto poder no hay posibilidad de satisfacción. Chasquido de dedos: un mundo. Un soplo: la vida. Ceja arriba: el diluvio. Un grito: el fin. Me llamó. Fui. Había decidido jugar una partida conmigo. «Me aburro», me dijo. «Te daré poderes iguales a los míos, nos repartiremos el universo dejando una zona cualquiera como campo de batalla.» Me

dio a elegir mis dominios y yo dije –por molestar– «El cielo». Pero Él se negó a cambiar los muebles y tomé el infierno.

FAUSTO.– El campo de batalla fue la tierra.

ESPÍRITU.– Y allí fue mi primer jaque: indulté a Adán y Eva del Paraíso Terrenal. Les salvé de la estupidez irracional a la que habían sido condenados por Dios.

FAUSTO.– Me dejas coagulado.

ESPÍRITU.– (*Sin apreciar el nocivo inserto.*) ¿Y sabes lo que dijo El? (*No espera respuesta.*) ¡Que les había condenado a la libertad! (*Ríe.*) No sabe perder. Fue un «enroque de pastor» perfecto. Firma.

(*El ESPÍRITU mima el itinerario de alguna pieza de ajedrez inexistente para acabar comiéndose otra en firulete triunfal. FAUSTO detiene el gesto.*)

FAUSTO.– ¿Soy Rey?

ESPÍRITU.– (*Mordaz.*) Peón. Y acabo de mover. Firma.

(*Una voz potente domina la escena cuando parece que FAUSTO va a ceder.*)

VOZ.– ¡Peón-reina! Jaque en tres.

(*Una vivísima e irreal luz se concentra sobre ISABEL, que vuelve a la vida, al mismo tiempo que el cuerpo del ESPÍRITU cae deshuesado.*)

ISABEL.– (*La actriz imitará los gestos del Maligno.*) ¡Qué argucia! Ahora tendré que adivinar cuál es su propósito para no errar mi próxima jugada.

FAUSTO.– Pero... ¿qué pasa aquí?

ISABEL.– Oh, no te alarmes. Su estrategia es espectacular, pero ineficaz. Hace mil quinientos años intentó algo parecido, pero supe contrarrestarle con...

FAUSTO.– (*Interrumpiéndola.*) ¡Tú estás muerta!

ISABEL.– (*Señalando el cuerpo yacente del ESPÍRITU.*) Y lo estoy: mírame.

FAUSTO.— (*Acercándose al cuerpo.*) Pero ése es él.

ISABEL.— No, ése soy yo. Él es ella.

(FAUSTO, *lleno de perplejidad, no acierta a expresarse.*)

FAUSTO.— Tú eres... ¿él?... Y él, claro, eres tú.

ISABEL.— En efecto, nos han cambiado. Ignoro los motivos, pero ahora, y hasta que encuentre una solución, deberé seguir actuando dentro de un cuerpo de mujer. (*Se insinúa, erótica y divertida.*) Excitante, ¿no?

FAUSTO.— Pero ¿estás loco?!

ISABEL.— O loca.

FAUSTO.— ¡Bueno, pues loca!

ISABEL.— O loco. (*Guiño obsceno del ESPÍRITU travestido.*)

(FAUSTO *se atrinchera en su dignidad y finge indiferencia.*)

FAUSTO.— ¿Y ahora?

ISABEL.— El autor deja libertad a los personajes.

(*No se sabe si la referencia es a Dios o a Pirandello. La ambigüedad, en cualquier caso, es provechosa para el reto intelectual.*)

FAUSTO.— ¿Y estás a gusto encarnado en mujer?

ISABEL.— Esto es gloria. ¡He pasado por unas incomodidades...! En la Edad Media había que mostrarse como un espantajo grotesco que horrorizara. Ya sabes: aullidos, escamas, hedores, pilosidades. ¡Ag! ¡Qué desagradable!, ¿no? Antes había que impresionar. Hoy hay que convencer. Por eso se impone la medida física. Comprenderás que, para los que tenemos estudios y una cierta sensibilidad, el cambio nos favorece. Normalmente tomamos la forma del mismo ser que nos llama. Nadie se asusta de sí mismo.

FAUSTO.— Sagaz.

ISABEL.— Aunque siempre hay excepciones. El abate Bofarull tenía un rostro tan contraído que daba las bendiciones de espaldas para no asustar

a los feligreses. Pidió nuestra ayuda, pero como ya estaba condenado, le enviamos a Traguidós, el diablo especialista en mofas. El abate pedía otra cara. «Dadme otra cara más bella. Dadme otro rostro que pueda ser la admiración de pintores, que enamore doncellas, que inspire a poetas. Dadme otra cara y quedaos con mi alma.» Y Traguidós se la dio: una cara arcangélica.

FAUSTO.— ¿Dónde está la broma?

ISABEL.— El abate pidió otra cara, no que se la cambiasen. Y Traguidós se la puso... en el cogote.

(ISABEL *ríe.*)

ISABEL.— Nos cuesta mucho ser buenos y beneficiar a alguien. ¿Qué quieres? Es nuestro carácter. Normalmente en todas nuestras buenas obras hay una consecuencia nefasta para el beneficiario. Teresa de Valois pidió que la convirtieran en el ser más bello de la Tierra..., y la convertí en un blanco cisne que fue la admiración del estanque. Sirvió de festín en Nochebuena.

FAUSTO.— ¿Por qué me adviertes?

ISABEL.— No soy yo. Es ella, que quiere salvarte porque te ama. Es lógico que te sorprenda el amor de Margarita... ¡Eres tan egoísta!

FAUSTO.— Se llama Isabel.

ISABEL.— Isabel, Margarita, Doña Inés..., ¿qué más da? Todas pretenden lo mismo: perjudicar mi eficacia. (*Con profundo asco.*) No aman por vanidad, pues son sencillas, ni por sensualidad, porque son inocentes. Se dan a sí mismas desconociendo la codicia. Ya ves: no son vanidosas, ni dominantes, ni sensuales, ni ambiciosas, porque son felices con el vulgar amor sencillo en el que han puesto bondad, ingenuidad, abnegación... ¡Es, repugnante!, ¿verdad?

(*El ESPÍRITU se agita dentro de ISABEL.*)

FAUSTO.— ¿Qué te pasa?

ISABEL.— Me fatiga esta esquizofrenia. (*A las alturas.*) ¡Bendito viejo maligno! Es como estar embarazada... del todo.

FAUSTO.— Estamos como antes. Sólo que tú... o él, no sé, estás prisionero ahí dentro. ¡Ícaro encadenado! ¡Príncipe del Destierro!

ISABEL.— Te pierde la literatura.

FAUSTO.— ¡Eso lo dijo ella!

ISABEL.— ¡Claro, hace un momento! Cuando hablaste de «enervar».

FAUSTO.— Pero entonces conservas la personalidad de Isabel también.

ISABEL.— (*Señalando el cuerpo del ESPÍRITU.*) Ese pellejo deshuesado es lo que ves. No le pongas fantasía: se te calentará la mollera.

FAUSTO.— (*Sin pensar.*) No seas...

ISABEL.— (*Terminando la frase al mismo tiempo que FAUSTO.*)... vulgar.

FAUSTO.— ¡Oh, Dios! ¡Eres Isabel y a la vez ese fanático cazador de autógrafos! No se puede ser tonto y listo al mismo tiempo.

ISABEL.— Confundes inteligencia con educación. Dime qué es un recurso contencioso administrativo.

FAUSTO.— ¿Qué?

ISABEL.— O en qué consiste la utilidad marginal.

FAUSTO.— Pero ¿qué dices?

ISABEL.— ¿Y el símbolo del litio? Más fácil: ¿Qué colores tiene la bandera de, por ejemplo, Polonia?

FAUSTO.— ¡Estás loca!

ISABEL.— De acuerdo, como si fueras un recomendado: Filipinas, ¿capital? Ceylán, ¿capital? Albania, ¿capital? ¿Birmania? ¿Islandia? ¿Tonga?

FAUSTO.— ¿Tonga?

ISABEL.— ¡Tonga!

FAUSTO.— ¿Existe eso?

ISABEL.— ¡Existe! Tonga, ¿capital?

FAUSTO.— ¡Y yo qué sé!

ISABEL.— Pues para un abogado, para un economista, un físico o un alumno de EGB serías tan ignorante como un hombre prehistórico. ¡Ah!, y para los polacos un antipatriota.

FAUSTO.— ¡Todo es relativo!

ISABEL.— Recuerda esas palabras cuando yo te las ponga como excusa.

FAUSTO.— ¡Loca, loca, loca!... ¡Me voy a volver loco!

(Va al gran lucernario encristalado del techo y descorre las cortinas buscando desahogo. ISABEL cruza los brazos enhiestos los dedos. La oscuridad preside el exterior.)

FAUSTO.— *(Sorprendido.)* ¡Todavía es de noche! ¡Pero si son... *(Va a la mesita y mira su reloj.)*... las diez de la mañana! ¡Debería haber salido el Sol!

ISABEL.— «Todo es relativo.» Ahora es de noche en Nueva York.

FAUSTO.— ¿Por qué ese prodigio?

ISABEL.— No soporto el sol. Alergia, ¿recuerdas?

FAUSTO.— Al menos tienes una debilidad.

ISABEL.— No es la única.

(ISABEL vuelve a correr las cortinas. FAUSTO piensa y dice retador.)

FAUSTO.— ¡Padre Nuestro que estás en los cielos! *(Esperando que la oración tenga efecto de exorcismo. ISABEL, con toda tranquilidad, contesta píamente.)*

ISABEL.— ... santificado sea tu nombre.

FAUSTO.— ¡Ave María Purísima!

ISABEL.— *(Riendo.)* Sin pecado concebida.

FAUSTO.— ¡Una cruz! Eso siempre es efectivo. *(Busca algún objeto que pudiera servirle. ISABEL lo encuentra antes y se lo da.)*

ISABEL.— Rutinario. *(FAUSTO, cada vez más derrotado y confundido, intenta encontrar un procedimiento para vencer al ESPÍRITU. ISABEL le adivina el esfuerzo.)* ¿El Señor mío Jesucristo? ¿Los misterios del rosario? ¿Una bendición? *(Se la da y FAUSTO se ve forzado a santiguarse.)* ¿Quieres música sacra? *(Suena y termina al instante un compás.)* ¿O prefieres, aunque sea redundante, la ambientación de un Fausto? ¿Boito? ¿Gounod, Liszt, Bussoni, Pousser, Berlioz, Schumann? *(Las músicas se van superponiendo hasta formar un sonido insoportable. FAUSTO coge la navaja y avanza hacia ISABEL. La música revuelta parece encontrar escollo y se transforma en ininteligible ritornelo. Cuando FAUSTO llega y levanta su armado brazo, doblemente homicida, cesa la música. El silencio le sorprende y duda. El cuerpo de ISABEL ríe mordaz.)* Esa navaja no hiere. Mira mi cuello. *(Se acerca a FAUSTO sin temor, con algo de retadora sensualidad.)* No hay tajo. No hay sangre.

FAUSTO.— ¡Pero te maté!

ISABEL.— Con tu desprecio. Es otro tipo de muerte, claro, pero como no hay cadáver, no hay delito. Si hubiera jueces más sensibles habrían sabido

encontrar a tus víctimas en el corazón de sus cuerpos humillados. (*Están muy próximos. ISABEL habla casi en susurro.*) Y tú, que siempre has vivido a la altura de tus bravatas, serías condenado a una cruel ejecución, lenta y ejemplar: condenado a que tu público sintiera por ti no odio, o amor, o envidia, sino indiferencia. Condenado a que cuando te buscaras en el espejo del halago no hubiera imagen. Condenado a no tener más el alimento de la vanagloria. Condenado a que sin gloria tu camino inexorable fuera el infierno...

(FAUSTO no puede evitar la atracción y la besa. No hay hechizo en su deseo. Es un beso provocado, aceptado y devuelto. Pero tras la primera amorosa impresión, la pareja parece forcejear con violencia. Es un beso feroz. Algo en él se torna repulsivo. Hay prodigios en el ambiente: se abren cajones y tijeras, se rasga un espejo, vuelan papeles arrancados de los libros y manuscritos. Caen objetos, otros se levantan y flotan ingravidos. La luz zaragatea y una música imposible puntea el descomedimiento. Cuando FAUSTO logra, no sin esfuerzo, separarse de ISABEL, contempla con horror que ésta carece de vida, se separa de ella y en su aturdimiento tropieza con el cuerpo del visitante, que se levanta. FAUSTO grita, pero de su boca no sale sonido, o acaso si sale, no puede llamarse en propiedad sonido reconocible. Todavía con la navaja en la mano se da un tajo en la palma, pero no hay dolor, ni herida. Suena una carcajada. El ESPÍRITU está libre de ataduras corporales y vaga en forma de luz por la habitación. La música se quiebra y calla.)

VOZ ESPÍRITU.— (*Riendo.*) No ha sido agradable.

FAUSTO.— ¿CÓ, cómo?

VOZ ESPÍRITU.— Tu beso. Besas mal. Pero el negocio es el negocio y un beso tuyo bien vale mi libertad.

(FAUSTO zarandea el cuerpo del visitante.)

FAUSTO.— ¿Estás ahí?

VOZ ESPÍRITU.— Ya te dije que los diablos somos espíritus puros. Ese cuerpo lo tomé prestado. Nadie notará que falta al trabajo. Es funcionario.

FAUSTO.— ¿Dónde estás?

VOZ ESPÍRITU.— Aquí. (FAUSTO *ve una luz en un extremo y va hacia ella.*) He vuelto a mi noble naturaleza.

(La luz cambia de lugar provocando efectos mágicos; objetos que se alargan, traslados, desguaces, el espejo se recompone, se vuelve zurdo el reloj. Pero esta vez no hay terror en la fantasmagoría, sino el reto juguetón de tomar lo inasible.)

FAUSTO.— (*Persiguiendo la luz.*) ¿Te liberaste por mí?

VOZ ESPÍRITU.— Sí.

FAUSTO.— Espero que sepas agradecermelo.

VOZ ESPÍRITU.— Ya lo hice.

FAUSTO.— ¿Cómo?

VOZ ESPÍRITU.— Te devolví el beso, ¿no?

(La risa parece enramarse. En un instante, la luz se pone al alcance de FAUSTO, desprevenida por la mofa. El actor aprovecha la oportunidad y cruza el aire a navajazos. Se oye un grito y la luz se multiplica en miles de pequeños haces. Vuelve otra vez la risa del lucífugo.)

VOZ ESPÍRITU.— Mal te iba con un tentador. ¿Podrás convivir ahora con esta cuantía?

FAUSTO.— Tú ganas.

VOZ ESPÍRITU.— Yo gano siempre. (FAUSTO *va a sentarse, pero la luz se le adelanta, concentrada de nuevo.*) ¡Cuidado! No me aplastes.

FAUSTO.— (*Dejando la navaja.*) Toma forma. No soporto el escarnio.

(ISABEL cobra vida.)

ISABEL.— No lo soportas en los demás, ¿recuerdas?

(FAUSTO *va hacia ella, pero, al tomarla en brazos, la luz huye y se encarna en el visitante.*)

ESPÍRITU.— ¡Qué mal soportas la derrota!

FAUSTO.— Si estabas prisionero en Isabel, ¿cómo puedes ahora entrar y salir de ella con libertad?

ESPÍRITU.— Te pesa la noche. Cada vez estás menos receptivo.

FAUSTO.— No es de noche..., al menos no lo es ahí fuera. Y no desprecies mi tesón. Contesta a mi pregunta.

ESPÍRITU.— El beso. Fue el beso, tu beso y el de ella.

FAUSTO.— También tú besabas.

ESPÍRITU.— Error. No es que te desprecie, entiéndeme, pero quien te besó era Margarita.

FAUSTO.— Ella no podía besarme. Estaba poseída por ti. Eras tú.

ESPÍRITU.— No. Me desasosiega confesarlo, pero ahí dentro (*señala a ISABEL*) yo no podía evitar besarte. Recuerda que no entré en esa moldura por propia voluntad. Fue la jugada de ese autócrata celestial.

(*El ESPÍRITU se acerca a ISABEL.*)

ESPÍRITU.— ¡Cuánto debía de quererte! Dentro de ella luché hasta el agotamiento. Pero su amor me impedía retroceder. De hecho, era ella quien me poseía a mí. Más tiempo dominado por su espíritu y yo hubiera perdido el mío. Y eso lo sabía el muy artero. (*Señala a las alturas.*)

FAUSTO.— ¡Qué necio fui si te liberé!

ESPÍRITU.— A través del beso hubiera podido pasar a tu cuerpo, pero no se puede uno encarnar en el ser a quien queremos convencer, o no hay diálogo. Por eso salí de ella y, al no poder entrar en ti, quedé libre. Y ahora (*a los cielos*) me toca jugar a mí. Teme mi astucia, caprichosa ancianidad. (FAUSTO *mira a ISABEL y hay cariño por primera vez en su mirada. Luego la besa delicadamente en los labios. El cuerpo sin vida no reacciona.*) Ya estás maduro para la generosidad.

FAUSTO.— (*Al ESPÍRITU.*) Me gustabas más cuando estabas en su cuerpo.

(*ISABEL vive, pero sin que muera el visitante.*)

ISABEL.— (*Con poses del visitante.*) ¿Por qué conformarse con una ambición...

ESPÍRITU.— (*Terminando la frase y conjuntando coreografías.*)... si se puede tener el mundo.

FAUSTO.— No sabía que fueras bisexual.

ESPÍRITU.— ¡Qué pronto te acostumbras a lo insólito!

ISABEL.— (*Al ESPÍRITU.*) Mostrar sorpresa es para él una debilidad. Jamás disfrutó de un parque de atracciones.

ESPÍRITU.— No tuvo infancia. ¡Pobre! Nació viejo.

ISABEL.— (*Abrazando a FAUSTO.*) No tan viejo. Sabe abrazar con fuerza.

ESPÍRITU.— Pero besa fatal.

FAUSTO.— ¡Iros al diablo!

ESPÍRITU.— Nos pone el chiste fácil.

ISABEL.— Es que en su fondo reside un pozo de bondad.

ESPÍRITU.— ¡Lástima que esté teatralmente teatralizado!

ISABEL.— Es que no respira aire libre.

ESPÍRITU.— ¿Por miedo?

ISABEL.— Sí: a que la vida le contamine.

ESPÍRITU.— Se le pondrá cara de mascarilla.

ISABEL.— Su amante: una boba actriz. Su único amigo: un dramaturgo adulador. Sus enemigos a cientos: los críticos severos...

ESPÍRITU.— Y todos se reúnen en la cafetería del teatro.

ISABEL.— Exacto. Y tienen sus casas decoradas con carteles de sus estrenos.

ESPÍRITU.— ¿Y se casan entre ellos?

FAUSTO.— ¡Ya está bien!

ISABEL.— Sí, se casan, se amanceban, se juntan entre ellos.

ESPÍRITU.— ¿Y sus hijos?

ISABEL.— Hemofílicos.

ESPÍRITU.— ¡Claro, no hay plasma generativo!

FAUSTO.— ¿Queréis uniros? No puedo irritarme con los dos a la vez.

ISABEL.— Hace tiempo conoció a un arquitecto y lo enseñó, orgulloso.

ESPÍRITU.— ¡Chocante, exótico...!

FAUSTO.— Una terna.

ESPÍRITU.— Chocante, exótico y tecnolátrico. (*FAUSTO desiste.*) ¿Te enervo o te excito? Y dime, querida, ¿cómo acabó lo del arquitecto?

ISABEL.— Mal. Hizo una escenografía y se sumergió en el amasijo.

ESPÍRITU.— ¿La vida honda, pues?

ISABEL.— En la guardarropía.

ESPÍRITU.— ¿Y los lazos populares?

ISABEL.— De atrezo.

FAUSTO.— Está bien, ¿queréis aire libre?

(Va al gran ventanal y descorre la cortina y cristales.)

FAUSTO.— ¡Pues arriba el telón!

ISABEL.— ¿Ves? Es incapaz de decir arriba la persiana.

(Al abrir las cortinas, los cuerpos del ESPÍRITU cruzan los brazos, tensos los dedos. En el exterior todo es oscuridad.)

FAUSTO.— ¿Nunca amanecerá?

ESPÍRITU.— Nunca, hasta que firmes.

FAUSTO.— ¿A cambio de qué?

ESPÍRITU.— Cierto. Nada te he dado todavía.

FAUSTO.— Y nada puedo recibir de ti. Sé que estoy soñando.

ESPÍRITU.— Ingrato. Ahora me niegas.

FAUSTO.— Que salga el Sol. No soporto la noche.

ESPÍRITU.— De noche hasta un ateo llega a creer en Dios. Te pongo fácil el entorno.

FAUSTO.— Sólo creo en lo que veo.

ISABEL.— Según eso, todos los ciegos serían ateos.

(Ríen ISABEL y el ESPÍRITU.)

FAUSTO.— ¡Eres una alucinación. No estás aquí!

ISABEL.— *(Obligando a que FAUSTO la abrace.)* Niégame si puedes.

(FAUSTO la besa fieramente. Cae en sus brazos sin vida.)

ESPÍRITU.— ¡Qué magnetismo el de tus besos! Se te derriten.

FAUSTO.— Te niego. Vete. Desaparece.

(Deja a ISABEL y va hacia el ESPÍRITU. Éste le advierte con un dedo y FAUSTO vacila).

ESPÍRITU.— Yo he sido el orgullo de los Papas, la ambición de los reyes, la lujuria de los incorruptos, la elocuencia de los herejes y el odio de los pordioseros. Yo encarné incluso a hombres santos que me llevaron sin saberlo para que, proclamando la paz como remedio a la violencia, se crearan los tiranos en la impunidad.

FAUSTO.— Eso es naturaleza.

ESPÍRITU.— En cada época he tenido que revestirme de variada forma, pues el concepto de pecado también cambia con los hombres, y lo que antes era motivo de hoguera, hoy se aplaude como necesaria revelación filosófica.

(Hace un gesto y revive a ISABEL, que toma las presentaciones mientras el ESPÍRITU las mima bufón, ante FAUSTO.)

ISABEL.— Savoranola le llamaba el Archimaligno.

ESPÍRITU.— *(Como pidiendo disculpas.)* ¡La hipertrofia semántica de los fascistas viscerales!

ISABEL.— Bernanos le suponía dentro del hombre.

ESPÍRITU.— No es una novedad.

ISABEL.— Sartre le niega.

ESPÍRITU.— Pero concede al prójimo mi finalidad.

ISABEL.— Nietzsche le erige un pedestal.

ESPÍRITU.— Porque quiso inútilmente matar a Dios. *(Ahora cambia el juego. Presenta El ESPÍRITU e ISABEL adopta la iconografía pertinente.)* He sido Sarat para los estudiosos de la Biblia, Seth para los egipcios, Marduck para los babilónicos, Moloch para los cananeos, Mirtu y Mara en la India, Ahriman para los persas, Iblis para los mahometanos. ¿Hay mayor realidad comprobable en mi irrealidad intangible?

FAUSTO.— *(Aplaudiendo.)* Retórico.

ESPÍRITU.— ¡Científico! Soy un fanático de la lógica, pero tu te obstinas en llamarme sueño...

ISABEL.— ... o locura.

ESPÍRITU.— No pienso convencerte. Mis obras atestiguan mi existencia, mis obras hablan por mí.

FAUSTO.— Sí, pero no tanto como tú.

ESPÍRITU.— Si existo es porque tú me necesitas. Eres mi cómplice. Niégame y te hundirás en el infierno.

FAUSTO.— Eres tú quien nos empuja.

ESPÍRITU.— Error. Quienes me combaten triunfan, aunque sean vencidos. Piensa que las criaturas indiferentes, las perezosas, las que carecen de imaginación y potencia no hacen jamás el mal, jamás necesitan rechazar una tentación y eso es un desprecio a Dios porque jamás le invocan para que les salve. ¿Te imaginas qué inutilidad? Las tentaciones diabólicas colaboran a la obra de la salvación.

FAUSTO.— Eres un benefactor incomprendido.

ESPÍRITU.— Yo aliento en vuestras almas el deseo de lucha mostrándoos pecados necesarios; por ejemplo; convierto el bobo amor en brava lujuria para que así se perpetúe la especie. No me niegues. Yo soy...

FAUSTO.— (*Acabando la frase.*)... «llámalo como quieras, amor, felicidad, corazón, Dios».

ESPÍRITU.— Declaración de Fausto a Margarita. Un acto de fe en la decimoquinta escena de la primera parte. ¿No tienes bastante con representar la obra cada día?

FAUSTO.— Fausto me alienta. No hay mejor fuego.

ESPÍRITU.— ¿Olvidas que Fausto se condena?

FAUSTO.— (*Mirando a ISABEL.*) Es la condena de Margarita la que ahora me preocupa (*El ESPÍRITU hace un pase y la vida de ISABEL se escapa. FAUSTO la coge en brazos y la pone en la cama.*) ¿Por qué la matas ahora? «Dios de las moscas», «Falso», «Corruptor».

ESPÍRITU.— Sigues con la comedia. ¿No sabes otro texto? Tu dedicación a representar el mito fáustico te ha perdido. No es ése el personaje que te correspondía.

FAUSTO.— ¿Quasimodo, quizá?

ESPÍRITU.— Fausto es alemán, no una inteligencia superficial que se satisface con la flor de la espuma. ¡Cuánta identificación perdida!

FAUSTO.— Lo meritorio en teatro es luchar por la esquizofrenia. ¿Fausto cuesta? ¡Fausto vale! Y con la victoria todos reconocerán el triunfo de mi desafío.

ESPÍRITU.— Fausto no quería saber para presumir, sino para dominar. Tú deberías haber interpretado, no a un científico, especie rara en tu país, sino a un loco que hiciera de imposibles empresas el motivo de su vida. Espíritu y carne, pero jamás inteligencia.

FAUSTO.— Ya lo he encontrado. Tú me has dado la idea. Mi próximo espectáculo será... Don Juan.

ESPÍRITU.— Olvida los proyectos sobre los que medra el engaño. Grandezas aisladas y pasados gloriosos. No te pido que pierdas tu ambición, sino que la pongas al servicio de algo que valga la pena.

FAUSTO.— Si no fuera por mí, este país hubiera perdido sus señas de identidad; Calderón, Lope, el Duque de Rivas...

ESPÍRITU.— ¡Tú no representas obras, escenificas esquelas mortuorias!

FAUSTO.— Es cultura. No se puede rechazar.

ESPÍRITU.— Te precipitas al pudridero con la excusa cultural. Serás de esos que, por afecto necrológico, disfrutará con los primeros síntomas del rigor mortis.

FAUSTO.— El sarcasmo no es una razón.

ESPÍRITU.— (*Cogiendo un periódico.*) ¡Mira la cartelera! Es un osario.

FAUSTO.— ¡Pero de ilustres panteones! No una fosa común.

ESPÍRITU.— En cualquier caso, gracias a ti medrará la muerte. Te gusta tanto lo muerto, que vives en estado ruinoso.

(*Señala con amplio gesto el entorno.*)

FAUSTO.— Te equivocas. No he tocado nada de la decoración porque he querido conservarla igual que cuando vivía aquí. Compartía esta buhardilla con dos compañeros más, que hoy me detestan.

ESPÍRITU.— Quieres recuperar el pasado reproduciéndolo fielmente, pero si el ayer no vuelve y el hoy no gusta, ¿dónde estás?

FAUSTO.— Fausto es inmortal y lo es Segismundo y Hamlet. Sus autores no morirán jamás. Con ellos es donde estoy.

ESPÍRITU.— Ellos estaban vivos cuando se representaron sus obras. Tú, en cambio, las representas cuando están muertos. Y a veces es bueno recordar a los muertos cuando todavía están vivos. A fuerza de representar autores con trescientos años se te ha contagiado su artrosis. Tu público te reverencia, pero no «convive» contigo. Te has convertido

en un clásico. ¿No te has fijado en la trampa que acecha en tus biografías? Después de tu nombre, ponen un paréntesis con la fecha de la muerte en blanco. (*Ríe.*) Acechan. Quieren concluir tu vida para que las obras sean completas. Te entierran con cada homenaje. Y les molesta la imprevisión. Si cambiaras de estilo, si añadieras a tu biografía insólitos datos, habría que rectificar desde el principio. Demostrarías que no estás muerto. Que atentas. Pero todos saben que después de Fausto serás Don Alvaro, Don Juan, Edipo o Pigmalión. No hay sorpresa. No hay vida.

FAUSTO.— ¡No puedo defraudar a mi público!

ESPÍRITU.— Mata a tus sepultureros.

FAUSTO.— ¡Haré un Alcalde de Zalamea experimental!

ESPÍRITU.— Esa adaptación te saldrá cerúlea. Mentirás al público y traicionarás al autor, pero no engañarás a la muerte con un burdo maquillaje.

FAUSTO.— ¡Me hostigas! ¡Me cierras caminos! Estoy en el filo de un despeñadero. ¿A qué esperas para empujarme?

ESPÍRITU.— No te persigo. Te persuado.

FAUSTO.— ¡Basta de juegos! ¿Qué quieres de mí?

ESPÍRITU.— ¿Qué voy a querer? ¡Tu alma! Me llamaste para ofrecérmela, ¿no?

FAUSTO.— ¡No te llamé! Al menos no fue la parte de mí que piensa.

ESPÍRITU.— Tienes la moral de un suicida. No te he llevado a un abismo, sino a un torrente. Sumérgete en él y olvida que al final está el mar. Lucha con sus aguas, progresa con ellas. Vive.

FAUSTO.— (*Abatido.*) Poseo la gloria eterna de la fama, cuando la empresa de vivir me parece una inutilidad.

ESPÍRITU.— Si lucharas para evitar la enfermedad que te produce el escepticismo, ya estarías curado. ¿No te irritas, no agredes, no estás en una ansiedad constante que te abrasa y desespera? Pues éstos son sentimientos de una vida que palpita y se manifiesta. ¿Por qué, pues, los aplacas con muertos ilustres que hablan de épocas remotas? ¡Quien vive con muertos, muerto está!

FAUSTO.— No he visto, ni leído vivo alguno que me arrastre en su pasión. Estamos todos muertos, muertos como Isabel antes de que yo la matarea, muertos como el cuerpo que posees. Andamos, comemos, amamos, pero estamos muertos, muertos. ¡Oh, Dios! ¡Qué castigo no haber nacido necio para exigirse poco!

ESPÍRITU.— Así, así: sigue así. Deja la razón a un lado y emplea la voluntad para vivir. La voluntad de hacer y ser. Dinamismo es el tema de cada día.

FAUSTO.— Quiero ser dueño de mi destino.

ESPÍRITU.— Mataste a Margarita para demostrar tu libertad. Sigue afirmándote. Mata ahora a Don Juan, mata al Cid, mata al Rey Lear... (*Va cogiendo libros de las estanterías. Los huecos parecen nichos, y de ellos saca también tibias y cráneos, ceniza y jirones de tela enmohecida. Todo cae sobre la alfombra en macabro amasijo intelectual.*) ¡Esto no es una biblioteca! ¡Es una gusanera! (FAUSTO *mira desolado el estropicio, pero ya no hace nada por evitarlo.*)

FAUSTO.— «Si te extingo, oh, tú, el modelo más acabado de la hábil naturaleza, ¿dónde hallaré aquel fuego de Prometeo que pueda encender tu luz?»

ESPÍRITU.— ¿Sigues invocando muertos? ¿No te das cuenta? Ellos hablan por ti. Fuera de tu vida, acaba con ellos. (*El ESPÍRITU va hacia unos montones de obras mecanografiadas y hojas sueltas.*)

FAUSTO.— Esas obras, no.

ESPÍRITU.— ¿Por qué? ¿Qué privilegio tienen?

FAUSTO.— Para mí, ninguno. Según tú, todos. Son obras de autores vivos que esperan ser representados por mí. Las recibo a cientos. ¡Oh, pero no creas que hay vida en ellas! Desiste. Las he leído.

ESPÍRITU.— Las leíste cuando estabas muerto. Repitamos el esfuerzo ahora que empiezas a admitir que es necesaria una purga contra la exhalación del último suspiro. Veamos ésta: *Entre cuatro paredes.*

FAUSTO.— Un monólogo.

ESPÍRITU.— (*Tirándola.*) ¡Qué alivio para la nómina!

FAUSTO.— ¿Por qué la rechazas?

ESPÍRITU.— No puedes empezar a vivir matando de hambre a tus actores.

(*Sigue buscando.*)

ESPÍRITU.— *El hombre y la razón pura.* ¿Es teatro?

FAUSTO.— Una versión actualizada del mito de...

ESPÍRITU.— (*Interrumpiéndole.*) El autor es un vampiro de la creatividad de los demás. ¡Al fuego!

(*Un prodigio y arde el libro.*)

FAUSTO.— ¿Oficias de Torquemada y de cura y barbero de la Mancha?

ESPÍRITU.— ¡Oh, no! Me afrenta quemar libros. Ellos han sido mis mejores aliados. Yo los imprimí para que ayudaran a los sabios, ebrios del orgullo del saber, a encontrar las dudas de su fe. Esto (*Por el artificio.*) es vanidad simple de cara a la galería. No te sorprendas, tú siempre pides decoro. (*Coge otro libro, acaso le faltan hojas, pues por mal cosido se desprenden algunas.*) Un presagio: se me cae de las manos. ¡Ah, pero conserva el título en esta página! *La moza indomable.*

FAUSTO.— Según el autor, yo debo interpretar la moza.

(*El ESPÍRITU mira a FAUSTO sopesando transformaciones. Luego desiste.*)

ESPÍRITU.— No, realmente no. (*Busca de nuevo.*) Templanza. Gira la rueda... ¡Ésta! *La guapa jamona.* (*Pausa.*) ¿Y para esto se talaron tres árboles?

FAUSTO.— Ya te lo advertí: ineptitud, ignorancia, evasión...

ESPÍRITU.— En eso nos diferenciamos. Tú desistes, yo persevero. «Fausto vale si Fausto cuesta.» Lo dijiste hace un suspiro. Sólo que jamás piensas en la derrota.

FAUSTO.— ¡Qué estupidez! Si no pensara en la victoria, ¿para qué intentar conseguirla?

ESPÍRITU.— Por el esfuerzo. La lucha, perezoso amigo, es un triunfo, aunque no ganes al final.

FAUSTO.— Entonces deslómame tú, yo aplaudiré.

(*FAUSTO hace palmas de chanza. El ESPÍRITU continúa su búsqueda.*)

ESPÍRITU.— Veamos ésta: *El poder del espadón.*

FAUSTO.— Trata de un envejecido dictador con próstata inflamada, que sólo se alivia ejecutando levantiscos.

ESPÍRITU.— Comprendo: anticuada.

FAUSTO.— Dios te oiga.

ESPÍRITU.— No creo. (*Coge otro manuscrito, arrojando el anterior, que se deshoja en el aire.*) Hoy, aquí, ahora: *la vulgaridad.* Bonito título.

FAUSTO.— Refleja exactamente su contenido.

ESPÍRITU.— Te asquea lo cotidiano.

FAUSTO.— Me humilla, simplemente.

ESPÍRITU.— ¿Has probado alguna vez el placer de la sinceridad?

FAUSTO.— «Todos estamos desnudos dentro de nuestros vestidos.»

ESPÍRITU.— Es el desnudo moral el que os aterra. Rechazáis la libertad que supone ofrecerlos con toda vuestra miseria al mundo.

FAUSTO.— (*Enmascarado en el histrionismo.*) Si se trata de una confesión ante todo el mundo, acepto. ¡Qué taquillaje! Seré el hombre más impúdico de la historia de la infamia. Confesaré crímenes que jamás los humanos hayan podido imaginar. Elevaré mi vulgar cotidianidad a cimas de gloria. ¡Seré el hombre más humilde de la Tierra!

ESPÍRITU.— (*Que no ceja.*) ¡El impudor como virtud estética! No te asusta una maldición, pero temes el ridículo. Prefieres un tiro mortal a una bofetada. El escándalo te alimenta, el silencio te destruye. Un crimen no te sonroja, pero te avergüenza la más pequeña flaqueza.

FAUSTO.— (*Tras una pausa, serio.*) ¿Crees que nunca he sentido la necesidad de confesar que me constipo, que me venteo con olor, que no soy capaz de hacer dos veces seguidas el amor, que desconozco cuál es la capital de Tonga, que me aterra la calvicie, que la muerte me produce pesadillas, que no creo en los semidioses que interpreto?

ESPÍRITU.— Entonces, ¿cuál es tu freno?

FAUSTO.— El público desea creer que existen hombres grandes, porque así, pensando que no es imposible llegar a serlo, conviven mejor con su miseria. Pero si yo les digo: no, mentira; Orestes, mentira, y mentira también Edipo. Olvidaos de Fausto, pura mentira. Segismundo, tan cercano a la verdad, la mentira mayor de todas. Si yo fuera impúdico, si bajara a su altura, les ofendería al enfrentarles a un cruel espejo en el que se verían tan miserables como realmente son, como realmente somos. Si mezclara mis sudores con los suyos, desenmascararía su autoengaño, derrumbando las escasas defensas que les ayudan a sobrevivir un día mezquino tras otro día mezquino, sin que el horizonte deje de ser mezquino alguna vez.

ESPÍRITU.— Y si esta obra te ha hecho reflexionar así, ¿por qué la rechazas?

FAUSTO.— Es la historia de un hombre que siempre contesta a todas las preguntas con un «no sé». Y realmente lo ignora todo. Sabe, eso sí, que desde su casa a su trabajo hay 3.568 pasos, 42 esquinas, 19 semá-

foros, 173 escaparates, 6 buzones de correos y 84 árboles. Siempre los mismos: 3.568, 42, 19, 173, 6 y 84. Sabe que fuma un paquete y medio de cigarrillos al día. Sabe que 30 cigarrillos son 450 chupadas. Pero un día quiso contar los latidos de su corazón y comprobó aterrado...

ESPÍRITU.— ¡Sigue!

FAUSTO.— Comprobó que cada día el corazón le latía exactamente las mismas veces. Nunca más deprisa, nunca más rápido, nunca parado. Nada había a su alrededor que le inmutara. Estaba muerto..., aunque jamás hubiera podido conseguir un certificado de defunción. Entonces decidió cambiar el itinerario de su casa al trabajo..., y se perdió.

ESPÍRITU.— Pausa valorativa. Y ahora, ¿qué más?

FAUSTO.— No seguí leyendo.

ESPÍRITU.— ¡Pero si te interesaba!

FAUSTO.— El autor, en un solo acto, me había enfrentado a mi miseria. No quiero que otros pasen la angustia que yo he pasado. Por eso no representaré jamás esa vulgar historia asesina de ilusiones.

ESPÍRITU.— Mostradora de verdades.

FAUSTO.— ¿Quién quiere saber las verdades que le perjudican?

ESPÍRITU.— Tú, o, de lo contrario, yo no estaría aquí.

FAUSTO.— ¡Yo no te he llamado!

ESPÍRITU.— Sí me has llamado. A gritos.

FAUSTO.— No te he llamado. No te necesito. ¡No te he llamado!

ESPÍRITU.— Todos me llaman a gritos, sólo que gritáis hacia adentro y los ecos os vuelven locos.

FAUSTO.— Eres como esa obra. Te muestras tan sórdido para que la realidad parezca, por comparación, un alivio.

ESPÍRITU.— (*Con burla.*) ¡Alivio! (*Con desprecio.*) La cobardía siempre busca excusas.

FAUSTO.— A saber qué entiendes tú por valentía.

ESPÍRITU.— Conviértete en la purga de la comodidad. Violenta los engaños complacientes.

FAUSTO.— ¡Vaya un remedio: fuerza, agresión, dolor...

ESPÍRITU.— No te engañes tú ahora: la tragedia de este país no es su violencia, sino su mediocridad. Lucha contra ello. Adviértelo. Que nadie tenga la coartada de la ignorancia. Grita: «somos unos mediocres». Los primero para la curación es el conocimiento de la enfermedad.

FAUSTO.— No sé cuándo hacer eso, ni cómo, ni dónde.

ESPÍRITU.— (*Dándole el manuscrito.*) Hoy, aquí, ahora: la vulgaridad. (*Tras una pausa, FAUSTO lo acepta.*) También tú deberías perderte como ese personaje. ¿Quién sabe lo que encontró? (*FAUSTO va a decir algo, El ESPÍRITU se le adelanta.*) ¡Y si no encontró nada, al menos tuvo su oportunidad! Tienes que vivir para saber que estás vivo. ¿Aúllo, protesto, increpo?, ¡luego existo!

FAUSTO.— Vivir es un deber, aunque sólo fuere un momento.

ESPÍRITU.— ¡Exacto! Contágate de ese instante.

FAUSTO.— (*Tras una pausa, reflexivo, aceptando.*) Nunca sé si tu ataque será por asalto, trampa, mina o cerco.

ESPÍRITU.— Ni lo sabrás nunca si tu estrategia es la huida.

FAUSTO.— Si luchara, debería hacerlo contra ti en primer lugar.

ESPÍRITU.— Pero abiertamente, no con amagos como llevas haciendo toda la noche.

FAUSTO.— (*Mirando el ventanal.*) Y parte del día.

ESPÍRITU.— Espero. (*El ESPÍRITU adopta gesto mundano y saca un cigarrillo del paquete de FAUSTO.*)

FAUSTO.— Es lógico.

ESPÍRITU.— ¿El qué?

FAUSTO.— Que fumes, es un vicio y tú eres un pozo de maldades.

ESPÍRITU.— Al grano.

(*El ESPÍRITU enciende el cigarrillo haciendo, en la rutinaria operación, los mismos movimientos que hiciera FAUSTO.*)

FAUSTO.— ¿Por qué me imitas? Así es como yo enciendo los cigarrillos.

ESPÍRITU.— No te imito. Te succiono. Para salvarte, alguien tiene que absorber todo lo malo que hay en ti.

FAUSTO.— Seré como un pavo de Navidad. Desnudo por fuera y embuchado por dentro.

ESPÍRITU.— El problema es el relleno.

(*FAUSTO se acerca a ISABEL. La mira con cariño de nuevo.*)

FAUSTO.— Quiero a Isabel.

ESPÍRITU.— No te servirá de nada esa argucia. Estoy prevenido.

FAUSTO.— Entonces no tienes nada que temer. Quiero oírte dentro de Isabel.

(El ESPÍRITU duda.)

ESPÍRITU.— ¿Y firmarás?

FAUSTO.— Firmaré.

(El ESPÍRITU lleva su cuerpo junto a ISABEL. Al instante se turnan la vida. Se advierte un forcejeo dentro de la mujer, que al levantarse de la cama pone distancias entre ella y FAUSTO.)

ISABEL.— *(Frenando el impulso de abrazar a FAUSTO.)* ¡Qué tirones! ¡Malditos seáis! *(ISABEL habla subrayando las palabras, lo que obligará a la actriz a imitar los movimientos del tentador. FAUSTO avanza hacia ella.)* ¡No me toques, zorro! Ven ¡Déjame! Sé muy bien lo que pretendes.

FAUSTO.— Quiero saber si tu amor por mí es capaz de llevarte a la muerte.

ISABEL.— ¡Firma!

FAUSTO.— ¡Contesta!

ISABEL.— Eso es locura: no hay amor tan grande. ¡Firma! *(FAUSTO vacila.)*

Te he devuelto la juventud haciéndote comprender que el objetivo de la vida es vivir. *(Le arroja el manuscrito elegido. FAUSTO lo coge.)* ¡Firma!

FAUSTO.— No quiero la juventud sin Isabel.

ISABEL.— ¡Bravo! He hecho un buen trabajo. Amar es vivir. También eso es vida, y me lo debes a mí. Ella volverá.

FAUSTO.— Viva.

ISABEL.— Viva. Pero firma primero.

FAUSTO.— ¿Cuál es la burla que me espera? ¿Qué deberé pagar además de mi alma?

(ISABEL, amenazante, se acerca al cuerpo sin vida del funcionario.)

ISABEL.— Firma o salgo de aquí.

FAUSTO.— ¿Por qué tanta prisa?

ISABEL.— No soporto esta orografía. Sabes muy bien que ella está a punto de dominarme.

FAUSTO.— ¿Y qué me pasaría? ¿Dónde está el peligro?

ISABEL.— Tú conservarías tu alma muerta, Isabel yacería a tus pies degollada y yo habría perdido una noche y quizá una jefatura de negociado.

FAUSTO.— Está bien. Dame el papel. (ISABEL *se lo da temblando*. FAUSTO *le tiende con ternura el brazo en un último intento*.) ¡Isabel...!

ESPÍRITU.— ¡Te lo advertí! (El visitante vuelve a la vida. ISABEL *empieza a caer*.)

FAUSTO.— ¡No, espera! ¡Firmaré! (ISABEL *retoma cuerpo, el otro lo pierde*. FAUSTO *coge el papel*.) Y una vez ponga mi firma aquí, ¿no me traicionarás?

ISABEL.— Si te traicionara, el pacto no sería válido. Lee la letra pequeña.

FAUSTO.— Te creo.

ISABEL.— ¡Vamos, rápido! ¡Ella me arde por dentro!

FAUSTO.— La pluma.

ISABEL.— En tu mesita.

FAUSTO.— ¡Es un bolígrafo!

ISABEL.— ¡Lo que importa es que haya tinta!

FAUSTO.— ¿Tinta? Pero ¿no tiene que ser sangre?

ISABEL.— Eres un peliculero incorregible. ¡¿Firmas o no?! Se acabó la demora.

FAUSTO.— ¡Firmo, firmo! (Lo hace.) Hoy, aquí, ahora: la vulgaridad. ¿Qué te costaba pincharme una vena con pluma de pavo real? ¡Garbancero! Toma.

(En el instante del pacto firmado hay prodigios sonoros que asustan al propio FAUSTO. Dentro de ISABEL el ESPÍRITU se relaja ostensiblemente. La confianza por la obtención del documento le hace perder el temor a ser dominado. Y acepta que FAUSTO la abrace echándola sobre la cama. El cuerpo del visitante es tirado al suelo. ISABEL ríe ajena al amor, pero poco a poco acepta las caricias de FAUSTO. El papel cae al suelo mezclado con las hojas similares arrancadas de los manuscritos.)

ISABEL.— (*Sin fuerzas.*) ¡Debo irme! ¡Más! ¡No, aparta! Tómame, amor, te odio. Es tarde.

FAUSTO.— ¡Qué te importa!

ISABEL.— No más de una noche. Ése es el plazo. (*Hablándose a sí misma.*) ¡No hables, maldita! ¿Te traiciono yo?

FAUSTO.— ¿No más de una noche? (*Mira al lucernario cubierto.*) Pero ¡si ya es de día!

ISABEL.— ¡Bésame! ¡No, aparta! Ha de ser de noche cuando se firme. ¡Calla! Usa la mollera.

(*ISABEL cae inanimada. El visitante revive.*)

ESPÍRITU.— Es suficiente.

FAUSTO.— (*Inmutable.*) ¿Beso mal?

ESPÍRITU.— Sí, pero a ella no le importaba.

FAUSTO.— ¡Ah!, ¿es a ti a quien le gusta?

(*El ESPÍRITU vacila al ver la extraña serenidad de FAUSTO. De pronto, recuerda.*)

ESPÍRITU.— ¿Dónde está el pacto? ¿Dónde dejo el papel?

FAUSTO.— Ella lo sabe. Vuelve si quieres saberlo tú.

ESPÍRITU.— (*Tras una duda.*) Me he de vengar...

FAUSTO.— Recuerda la letra pequeña.

ESPÍRITU.— ¡Maldito seas mil veces!

FAUSTO.— ¿Tantas? No me halagues.

(*El ESPÍRITU se precipita en ISABEL y ésta revive, cuando el cuerpo del visitante cae al borde de la cama ocultándose a la vista del público.*)

ISABEL.— ¡Ya recuerdo! Lo puse a los pies de la cama. Está por aquí... (*Cuando va a cogerlo, FAUSTO pone en marcha el ventilador y los papeles vuelan mezclados.*) ¡Oh, no! No puedo volver sin ese pacto y ella me domina. ¡Ahora cariño!

FAUSTO.— Ven, ven, mi amor. No puedes resistirte. Somos dos contra ti.

(ISABEL avanza y retrocede en fuerte lucha interior.)

ISABEL.— No basta, hay que finalizar la argucia. ¡Déjame! Debo volver al cuerpo de ese hombre. ¡Ahora, ahora!

(FAUSTO la besa sin esfuerzo en medio de la artificial nieve y disimuladamente descorre las cortinas. Entra la luz del mediodía. El visitante y todos los papeles desaparecen por el ventanal en medio de un grito aspirado por el infierno.)

FAUSTO.— (Al ventanal.) ¡Firmé cuando era de día! No vale el pacto. ¡Utilicé mi «mollera». (Ríe feliz con ISABEL en los brazos. Toda la habitación se ordena como en la escena del comienzo. Ha terminado la tentación y, una vez más, como manda el folclore, ha triunfado el pecador. FAUSTO mira a ISABEL, que parece muerta. Angustiado.) ¡Isabel! ¡Isabel! (Ella se despierta y extiende los brazos voluptuosamente.)

ISABEL.— ¿Qué hora es?

FAUSTO.— Isabel...

ISABEL.— (Le besa.) ¡Ah, debe de ser tardísimo! (Se fija en el ventanal. La luz la ciega. Va hacia la mesita para ver el reloj y se rasca la espalda.) ¡Las doce y media! Llegaremos tarde al ensayo.

FAUSTO.— ¿Qué ensayo?

ISABEL.— Tu nuevo espectáculo, *Don Juan*.

FAUSTO.— (Recordando.) ¡Ah, sí! Lo había olvidado. Pero no importa. Hay cambio de planes. Nueva obra, nueva vida, un modo distinto de lucha.

(Ella está echada en la cama.)

ISABEL.— Pero...

FAUSTO.— No preguntes... (FAUSTO la abraza en la misma posición de la primera escena.) ... contesta tan sólo: ¿Qué condición es precisa para estar contento con la vida?

ISABEL.— (Tras una pausa.) Café con leche, zumo de pomelo y tostadas. Con eso yo sería felicísima. ¡Tengo hambre!

(Él no puede manifestar su sorpresa, pues ella le besa.)

ISABEL.— ¡Pinchas! Aféitate. Aunque cambies de obra debes ir al ensayo para decírselo a la compañía. *(Ella le empuja y él automáticamente, sin dejar de mirarla, va al lavabo y empieza a afeitarse con maquinilla eléctrica. Para crear un cierto clima, su acción habrá sido lenta. Tomando el violín.)* ¿Tienes un violín de atrezo?

FAUSTO.— No es de atrezo. Lo usé en mi anterior espectáculo.

(ISABEL toca con habilidad El trino del diablo.)

FAUSTO.— *(Sorprendido.)* ¿Qué es lo que tocas? ¿Cómo es que sabes tocar el violín?

ISABEL.— ¿A cuál de las dos preguntas te contesto primero?

FAUSTO.— ¿Qué es lo que...?, no, dime antes cuándo has..., no, dime qué tocas.

ISABEL.— El violín.

FAUSTO.— ¿Qué composición?

ISABEL.— *El trino del diablo.* Mi padre es violinista. Me lo enseñó, y además tengo seis años de conservatorio. Eso te demuestra lo poco que sabes de mí, lo poco que te intereso.

(Vuelve a mirar al gran ventanal y con cierto fastidio corre las cortinas. Luego se pone a tocar otra vez ante un FAUSTO aterrado.)

FAUSTO.— ¿Y ahora por qué cierras?

ISABEL.— *(Muy natural.)* Es que tengo...

FAUSTO.— *(Terminando la frase.)* ... alergia al sol.

ISABEL.— ¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

FAUSTO.— Toca. Que toques. No pares de tocar.

(Ella no entiende la confusión de FAUSTO y toca. El va a la ventana y la abre esperando prodigios. No ocurre ninguno, salvo que ISABEL toca mal porque le pica la piel.)

FAUSTO.— ¡Tenía que haber leído la letra pequeña! ¿No pasa nada?

ISABEL.— ¿Quieres que siga tocando?

FAUSTO.— S-sí. Sigue.

ISABEL.— Entonces ráscame.

(Él se pone detrás de ella y empieza a rascarle la espalda, todavía confuso. Ahora el violín suena seguro.)

FAUSTO.— Isabel...

ISABEL.— *(Sin dejar de tocar.)* ¿Qué?

FAUSTO.— ¿Cuál es..., cuál es la capital de Tonga?

(Ella deja de tocar un instante, ríe fuertemente y ataca el violín, que se crece en sonido dominando la escena. FAUSTO, detrás de ella, empequeñecido, desorbita sus ojos en un gesto que, por cómico, no ha de provocar un final triste, ni terrorífico ni macabro. Antes de caer el telón, el violín se transforma en música sinfónica, final de la octava de Mahler, una risa predomina y ellos dos levitan sobre la cama, sin apercibirse del prodigio. Telón.)